puede presentarse más confiada mi pequeñez. Nadie tan indulgente con los pequeños como los verdaderamente grandes. Y pues mi pequeñez está bien a la vista, y vuestra superioridad bien acreditada; seguro de vuestra indulgencia, entro desde luego en el tema que me propongo desarrollar, advirtiendo antes, para que no achaquéis a irreflexión mi atrevimiento al elegirle, que mi oficio se va a reducir al de modesto *cicerone:* quisiera decir también que al de *discreto* cicerone, que se contenta con abrir la puerta de la capilla magnífica o de la espléndida galería, y deja que el entendido visitador saboree por sí mismo la obra de arte.

Añado, para tranquilidad vuestra, que, para aprender este mi «canto llano» he tenido muy buenos maestros de Italia; dos principalmente: Francisco Flamini, Catedrático de la Universidad de Pisa (1) y su discípulo el jesuita Padre Juan Busnelli, que son, tal vez, los que con más empeño, con más larga preparación, con método más científico y con mejor fortuna han estudiado la concepción arquitectónica y el ordenamiento moral de los tres reinos que forman la trilogia dantesca. Sería ridículo, Señores, a estas alturas, prescindir de esos estudios pro-

(1) Al preparar para la imprenta estas cuartillas, llega a mis oídos la triste noticia de que el insigne dantista ha muerto. Que su espíritu, profundamente cristiano, triunfe con el de Dante en la vida del Paraiso.

© 2011 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación